

**CRÍTICA BIBLIOGRAFICA DEL LIBRO
"HEROES AL GUSTO Y LIBROS DE MODA"
(Steven Palmer y otros)**

José Daniel Gil Zúñiga

"Héroes al gusto y libros de moda ", un título que evoca en quien lo lee, viejas preguntas a la documentación consultada en archivos y bibliotecas nacionales y por que no, guardando las distancias a Jean Louis Flandrin, cuando en su artículo " Historia de la alimentación: Por una ampliación de las perspectiva", decía: " Al observar las obras maestras de la pintura y de la escultura, o al escuchar la música antigua, el especialista siente un placer artístico. Lo mismo sucede al historiador de la cocina que al cocinar con recetas antiguas puede descubrir fórmulas culinarias que deleitarían nuestro gusto actual. Aquel pescado en gelatina o aquella pasta de manzana preparada según las recetas italianas del siglo XIV o aquel sorbete al cilantro del siglo XVII me han llegado a entusiasmar tanto como gastrónomo, como el descubrimiento de un Boticelli olvidado en el sótano de una tienda de antigüedades entusiasmaría a un aficionado a la pintura."

He traído a colación esta cita, porque al igual que a Flandrin, le atraen las recetas de cocina, a mí, este libro y su

temática me gustan, y porque partiendo de la afirmación de que el mismo es una obra aún preliminar, debo reconocer que él permite desentrañar un aspecto todavía no explotado en el taller del historiador costarricense: el de la cultura y más que nada porque permite empezar a saldar una deuda que tenemos como historiadores con nuestro pasado y con las generaciones presentes, que consiste en reconstruir como se vivía en el pasado.

Unidos por el hilo de lo cultural, desde Arnaldo Moya, hasta Iván Molina, pasando por Patricia Vega y Patricia Fumero y excluyendo los textos de Eugenia Rodríguez y Steven Palmer, en buena medida los artículos restantes, responden a un nivel primario del conocimiento del pasado: ¿qué se consumía?, ¿qué utensilios se utilizaban en la casa?, ¿qué se compraba?, ¿qué se leía? Nivel primario, pero no menos importante. Excluyo del comentario anterior a los artículos ya citados, el primero, porque siento que es el único, que se aparta de la temática propuesta y que por lo demás las conclusiones a las que llega son cuestionables, sobre todo por las fuentes en que las basa y el segundo, porque es el único que pasa de la descripción al análisis y al sistemático planteamiento de un problema historiográfico, cual es el del surgimiento y consolidación de una nacionalidad y de un estado.

Quedarse a este nivel, no es un pecado. Es lo sé, el inicio de futuras investigaciones. ¿Podría ser una limitante?...¡Sí!, pero creo que hoy, dado el poco conocimiento que tenemos de la cotidianidad del pasado, no lo es. "Héroes al gusto y libros de moda" lo analizo como una primera aproximación de los autores en la tarea de reconstruir dicha cotidianidad. Una reconstrucción que requiere, hoy más que nunca de conocer y aprehender como vivían nuestros ancestros.

El emprender esta labor, plantea en un primer momento, la necesidad de describir. Leyendo a Arnaldo Moya, o a Patricia Fumero y dejando volar la imaginación, empieza uno a reconstruir imaginariamente, los ambientes del Cartago o del San José decimonónicos. Aparecen los lugares visitados, las vestimentas utilizadas o los mas íntimos lugares. En este sentido el libro aporta datos bastante valiosos.

Decía que describir no es un pecado. El recurso a la descripción permite adentrarnos en el detalle, detenernos y recrearnos en él.

Eso lo han hecho los autores de esta obra, con muy buen tino, por cierto. Muchas veces hemos construido una falsa relación: descripción = positivismo y en aras de no ser "positivistas", hemos llenado nuestros trabajos de cuadros, gráficos, números, porcentajes y pesados argumentos, con la intención de reconstruir así el pasado, olvidándonos de ceder, en su momento, la palabra a los actores de la época.

No se crea eso sí, que cedo ante la descripción y que no reconozco que este recurso tiene sus trampas. Si en líneas anteriores he apostado por este argumento, lo he hecho simple y sencillamente porque esta ha sido la tarea realizada por los compañeros, tarea nada despreciable por cierto. Describir y enunciar, más que analizar, ha sido la tónica. Y creo sin lugar a duda que el trabajo pese a ubicarse en este nivel, en muchas de sus páginas, no pierde en ningún momento riqueza, ni importancia. Los autores han iniciado cumpliendo con una etapa y digo, iniciado, porque quedan aún muchos niveles por abordar y muchos caminos dentro del campo de la cultura que aún se deben transitar.

Diría que la obra que se comenta, aunque pretende tener como marco de fondo lo cotidiano, este telón aún sigue siendo difuso y pese a que Arnaldo Moya y Patricia Vega, nos llevan a ciertos espacios en donde transcurría la vida cotidiana: la intimidad del hogar, los avatares en las calles y tiendas, queda por precisar qué era lo cotidiano y cómo se construyó ese espacio en la vida de nuestros antepasados. Y subrayo la necesidad de investigar ese cómo.

Aunque considero valioso el aporte de los compañeros, creo que en futuras investigaciones deben sobrepasar lo realizado. Son muchas las preguntas que asaltan a quien lee este texto y van desde quién utilizaba los utensilios, quienes frecuentaban las diversiones urbanas, hasta quienes leían en la biblioteca tomasina. Esto aún se desconoce. Hoy se sabe, con qué utensilios se comía, qué productos se compraban en las tiendas josefinas, qué se leía, pero queda aún por resolver ¿quién leía?, queda por investigar ¿Cómo se comía? ¿Cuáles eran las prácticas culinarias? ¿cuáles los gustos? ¿cuáles las modas? Gustos y modas, que deben corporizarse, hacerse materiales en hombres y mujeres de carne y hueso.

Hace diez años, estudiando un fenómeno de la religiosidad popular, nos batíamos entre la afirmación general de lo difundido de las ideas religiosas en el Valle Central costarricense y el hecho de que, como apuntábamos en la

conclusión de aquel trabajo "Se debe aclarar que las creencias religiosas no muestran una heterogeneidad ya que el grado de fe y el comportamiento dado en los ritos y creencias religiosas, no era similar entre todas las clases sociales". La duda sin embargo, está latente ¿Creían todos? ¿Qué tanto creían? ¿Temían todos a las penas eternas del infierno? La reconstrucción de los delitos acaecidos en Heredia y entre otras cosas, las afirmaciones y el lenguaje, utilizado en 1902, por doña María Luna, vieja prostituta herediana, quien caminó a la cárcel, un día sí y otro también, hacía repaso, no muy positivo por cierto de la corte celestial, dejaba claro, que no todo el mundo se golpeaba el pecho y si lo hacía no lo hacía ni al mismo ritmo ni en los mismos lugares.

Por eso insisto, en la necesidad de trascender el ¿qué? y preguntarse el ¿quiénes? La estrategia utilizada por historiadores franceses, que se han dado a rescatar la vida cotidiana de templarios, barberos, comerciantes, intelectuales, nos brinda muchas pistas, a quienes nos interesamos por esta temática. Los estudios de casos, no por ciudades, si no por grupos ocupacionales, edades, sexos, clases, abre fructíferas rutas en este sentido.

A este nivel, no puede dejar de reconocerse, que los compañeros han avanzado en el camino, en el fondo, han dado los pasos iniciales, para reconstruir una cultura, la de los sectores dominantes, pero ¿qué pasaba con el grueso del campesinado? ¿cómo este cambio cultural que bien detectan los autores, incidió sobre ellos? Queda aún por descubrir la cotidianidad, el entorno en que vivían quienes formaban parte de las clases subalternas. ¿Estos qué comían? ¿Dónde? ¿Qué piezas tarareaban hombres y mujeres de campos y poblados? Difícil tarea por cierto, tal vez las técnicas con que se exploran las fuentes orales, pueda para un pasado de noventa años atrás, ayudar algo en este sentido.

Pero sin apartarse de los sectores dominantes, ¿qué influencia tuvo la obra leída, la pieza escuchada o bailada? ¿Cómo transformó su vida?, ¿la transformó realmente?; ¿qué tanto transformó y a quiénes? ¿Con qué asiduidad los lectores y los amantes de la música y el baile, frecuentaron estas prácticas? ¿Cómo fluyeron por la pirámide social las opiniones, los gustos y las modas? ¿Cómo se dio la relación entre cultura oficial y cultura popular? ¿Cómo se nutrió una de la otra?

Preguntas interesantes, porque llevan a plantearse el problema de la hegemonía y a la larga de la construcción de un Estado y una nacionalidad. Problemática bien abordada por Steven Palmer, en un artículo que bien merece un comentario aparte por lo que él apunta y sugiere.

Retomando el hilo de nuestro argumento, diríamos que resuelta esa pregunta ¿quiénes?, es necesario abordar el *cómo*, cómo se comía, cómo se vestía, cómo se aprendió a leer y cómo se difundieron las nuevas nociones del tiempo, la propiedad, el honor y la vida, para a partir de allí explicar el por qué de esos gustos, tradiciones y concepciones. Definitivamente, ¡Hay historias! y ¡Hay historias! y el conocimiento del pasado, nos impone no tener interpretaciones generales de lo sucedido, si no, de lo que efectivamente y en concreto pasó a grupos específicos en un espacio y tiempo también concreto.

Un aspecto que no puede dejarse de lado, son las fuentes utilizadas. Con suma creatividad, los autores explotan mortuales y una fuente poco utilizada: los avisos de los periódicos. Aunque ya Molina, nos había dado un Aviso sobre los avisos, realmente es en el trabajo de Vega y Fumero, donde se explota con bastante riqueza, la información que proveen los anuncios publicitarios de la época y en este sentido cada uno de los autores, lleva a que debamos replantearnos nuestro viejo reclamo acuñado en la expresión "para eso no existen fuentes". Afirmación que nace muchas veces, del hecho de que hemos leído la documentación existente en el país, queriendo encontrar el tipo de dato, que historiadores de otras latitudes han utilizado en sus estudios. Fuentes las hay, hijas de nuestra propia historia, las cuales deben ser leídas, como lo hicieron los autores, con mucha más creatividad y con ojos más abiertos.

Finalmente, unas cortas palabras, para coincidir con Steven Palmer, en su enfoque de cómo se construyó una identidad nacional. Sin restarle mérito a ninguno de los demás artículos, éste es el trabajo más consistente de todos. Coincidiría con su autor de cómo fue pasando de protonacionalismos fragmentados, provenientes de la misma colonia, al nacionalismo costarricense, el cual, a fines del siglo pasado e inicios del presente empezó a tener una cohesión y cómo este se estableció a través de la creación y explotación de mitos y figuras simbólicas, articulados dentro de un discurso histórico-patriótico.

Un sentimiento nacional que fue prendiendo en el alma de nuestros ancestros, al mismo tiempo que a través de mecanismos formales e informales, el Estado fue construyéndose y haciéndose presente, como mediador en los conflictos vecinales. En otras palabras hubo una conciencia nacional, no solo cultural, sino geográfica, en aquel momento en que temido o burlado, los representantes del Estado sentaron sus reales en pueblos y ciudades.